Por Leonardo Valencia

DON QUIJOTE: la lectura imposible y la inagotable

He intentado leer y he leído de dos maneras diferentes el *Quijote*: la una, imposible; la otra, inagotable. La primera no empezó como tarea o exigencia escolar, ni siquiera como lectura sugerida, insinuada o impuesta, y tampoco fue un deseo o proyecto de lectura, sino una presencia física, ya que más que un libro fueron cuatro tomos de tapa dura, entelada, de un gris levemente verdoso, con impresos dorados en el lomo –el más destacado un estoque con guardamano que anunciaba batallas y duelos–. La edición del *Quijote* que menciono es la de W. M. Jackson Editores, publicada en México en 1968, ampliamente ilustrada con grabados de Doré y otros artistas. Los cuatro tomos de este *Quijote* estaban uno al lado del otro en la biblioteca de mis padres, allá en Guayaquil. Su presencia física también se debía a su peso: cada tomo tenía poco más de un kilo. Debió de ser entre los diez o doce años que intenté leer la novela. Fracasé, por supuesto, sin pasar del capítulo seis. Como excusa puedo decir que mi propósito original no era leerlo completo, sino un buen tramo *en voz alta*.

El fracaso de esa lectura la referí a manera de cuento en «Insuperable capítulo seis». No sé de dónde saqué la extraña y arbitraria idea de que para resolver un problema mío de tartamudez debía leer en voz alta ese libro que parecía la suma de la claridad y de la transparencia de la lengua española. Supuse que si lograba modular mi voz con la fijeza del lenguaje escrito superaría mis trabas, lo que llevaba la idea implícita de que mi modelo en la forma de hablar venía de lo escrito y no al revés.

En resumen: yo no tenía ninguna noción de escritura literaria ni de oratoria. De mi peregrina terapia contra la tartamudez no dije nada en el cuento, quizá porque nada aportaba o porque distraía del núcleo de lo que quería contar: la relación explícita, velada o directamente escondida que encontré entre la novela de Cervantes y otras mencionadas en el cuento. Quizá ahora pueda contar los residuos dispersos que también fueron la causa de mi lectura y hasta es posible que decidieran el sentido que el *Quijote* tiene para mí. Puede que no aporten nada –para aportes están los estudios y ediciones críticas de Martín de Riquer, Edward Riley o Francisco Rico–, pero la libertad del ensayo me permitirá esta digresión al margen.

No puedo recordar qué o quién le dio valor a leer el *Quijote* o por qué debía fijarme en este libro en particular; quizá el mero hecho de estar allí, en esa biblioteca, su propia presencia de edición imponente, aunque los otros libros también la tenían y estaban igualmente disponibles. A la suma dispersa de expectativas o motivaciones que rodean el acercamiento a cualquier libro se añade la desmemoria por la que se borran o confunden los detonantes o influencias. No sabemos o no reconocemos por qué finalmente leímos –o no leímos– tales o cuales libros que fueron decisivos o que pudieron serlo, y todo lo que viene después, esa larga lista de libros de los que aparentemente somos más conscientes, ya están marcados por las que fueron nuestras lecturas iniciales.

Yo me encaramaba al anaquel de la biblioteca, bajaba el pesado primer tomo, lo apoyaba sobre el escritorio de mi padre y empezaba –intentaba– mi tortuosa lectura. No sé en qué momento abandoné mi terapia placebo contra la tartamudez. Quizá todo era un pretexto para tener el libro a mi alcance, ya que me estaba prohibido sacar libros de la biblioteca de mis padres y leerlos, menos aún manosearlos. De mis lecturas apresuradas y clandestinas, recuerdo pasar las páginas y detenerme fascinado por las ilustraciones. La primera que me sorprendía era la que cerraba el prólogo del autor, donde aparece un hombre, seguramente Cervantes, sosteniendo una pluma en la mano derecha y una máscara en la izquierda, apoyada sobre dos libros. Lo que yo no entendía era por qué el hombre está en la postura de quitarse o ponerse la máscara, que tiene sus mismos rasgos. ¿Qué sentido tenía ese enmascaramiento, ese prólogo conjetural que cada vez me parece más importante y que inaugura, desde el mismo comienzo de la novela, la *mise-en-scène* de la escritura cervantina?

Luego vienen dos ilustraciones más. Una encabeza el primer capítulo, en la que Don Quijote está sentado en una especie de sueño cansado, exhausto, no como si se hubiera quedado dormido leyendo, sino como si hubiera echado en el sillón luego de un día agitado. La misma situación, pero mucho más elaborada, se repite poco después y ocupa la página 5 entera. Don Quijote está sentado en un sillón de orejas de respaldar alto sobre el que cae la luz en un ángulo insinuado a la manera de Vermeer, por el lado izquierdo, a través de una ventana que revela a un lector que tiene el mejor lugar para leer. Don Quijote sostiene un libro en la mano izquierda mientras que la derecha empuña precisamente un estoque con guardamano, como el que aparecía en el lomo de la edición de Jackson. Lo más llamativo es el entorno abigarrado de personajes y seres de fantasía que amenazan abalanzarse sobre Don Quijote, pero que, sin embargo, no llegan a tocarlo. Una cabeza enorme al pie, con el pelo atado a las sogas del cortinaje, unos ratones y libros dispersos por el suelo y por la mesa completan este grabado en el que yo debía detenerme mucho tiempo, retrasando la lectura en voz alta del *Quijote*. Esa imagen era la misma que podría corresponderme a mí leyendo el *Quijote* en la biblioteca de mis padres, con la diferencia de edad entre el niño que yo era y el viejo Alonso Quijano, especie de juego de espejos de lo que le ocurre a cada lector rodeado de los personajes de la fantasía que lee. Quizá yo debía levantar los ojos de la ilustración para darme cuenta que no había nadie más en la biblioteca y que me rodeaba el silencio y el terror de que me descubrieran curioseando sus estantes.

Páginas atrás, en el inicio mismo de la novela, hay un retrato realista pintado por Mariano de la Roca, con una leyenda que decía «Cervantes imaginando su Don Quijote». El cuadro original se titula *Cervantes preso, imaginando al Quijote*. Es diferente a las ilustraciones descritas. Cervantes está sentado en un asiento de piedra, con las piernas extendidas, y apoya la espalda en la pared. La posición no es cómoda. Reflejan el cuerpo tenso con los brazos ceñidos al pecho y la mano derecha cerrada en la que reposa la mejilla. La mirada de Cervantes, finalmente, está concentrada en la mitad izquierda del cuadro. Es un ejercicio de realismo que coloca en su sitio a toda esa fauna de seres fantásticos e imposibles de las ilustraciones. Al escritor sólo lo rodea el vacío. A esta representación realista de Cervantes le hago caso hoy. No lo hice entonces porque no tenía conciencia de que se «escribían» las novelas, aunque sí de que se escribía poesía, porque parecía estar escuchando en el

yo poético la voz del mismo poeta. En la novela, en cambio, por lo general las narradas en tercera persona, esa voz desaparece o se somete a las ocasionales apariciones del narrador autorial. El mismo Cervantes lo aplicaba de esa manera. El narrador en primera persona que aparece en la línea inicial cuando dice «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...», desaparece en la segunda línea y no vuelve a aparecer hasta el final del capítulo octavo, cuando se trunca la historia del vizcaíno. En mi ingenua manera de leer novela no me preocupaba en pensar quién narraba o cómo había sido escrita porque el lector siempre da un salto mortal de la realidad hacia las aventuras ficcionales, sin mirar atrás, incluso sin mirar abajo, al abismo que cruza. Quizá el aprendizaje del escritor de ficciones consiste en dar ese salto y luego volver al lugar sobre el que se saltó y observar cómo se saltó, desde dónde y hacia dónde y qué hay en ese abismo. En ese salto está cifrado el recurso de la ficción. La verdad es que en la edición de Jackson, seguramente por una deficiente fotografía o por la pobre calidad de impresión, el cuadro está distorsionado. En la obra original, a color, en la zona oscura que contempla Cervantes resulta que sí hay un retrato de Don Quijote y Sancho, incluso aparece Rocinante y el burro del escudero. Me gusta más la versión fallida que la correcta. La mancha negra permitía al lector representar su propia idea de Don Quijote.

Era comprensible que fueran las ilustraciones las que me llamaran la atención en un libro que todavía no había empezado y del que me esperaban tres tomos más. Para colmo, eran pesados de sostener. Estas pueden haber sido las causas por las cuales probablemente mi lectura no prosperó. A eso se sumaba la extrañeza del español antiguo, la falta de acceso a las referencias, el no contar con nadie que me orientara en su lectura. ¿Qué significaba «salpicón las más noches», «algún palomino de añadidura los domingos», «sayo de velarte, calzas de velludo», «su vellorí de lo más fino»? Era imposible descifrarlo. El diccionario no me explicaba el sentido de las frases y no contaba yo con una edición en español actual o con notas a pie de página como la exhaustiva de Francisco Rico. Luego también pesaba el desconocimiento de las referencias geográficas. Yo no conocía España, ni la Mancha, ni Barcelona. De manera que no había forma de pasar, o había que saltar esos tramos, no hacer caso de las expresiones incomprensibles y las geografías inexploradas, asumir lo que interpretábamos mal, y seguir, seguir.

Sin embargo, sólo llegaba al capítulo seis y de ahí no podía pasar en aquel libro imposible. Así que lo abandonaba.

*

La edición que finalmente leí completa, a los veintiocho años, es un tomo publicado en 1961 por El Ateneo de Buenos Aires. Es un pequeño volumen acogedor, de lomo suavemente arqueado y que en peso y tamaño se amolda perfectamente a las manos del lector. Lo había comprado en los tenderetes de libros de segunda mano de la avenida Grau, en el centro de Lima, donde vivía por aquel entonces. Fue tan intensa la lectura de ese *Quijote* que incluso recuerdo, casi a veinte años de distancia, el ancho sofá donde lo leí, junto a la ventana de un departamento en San Isidro. Cuando descansaba de leer, me levantaba y observaba una esquina de El Olivar en medio de una Lima neblinosa y húmeda. Era agosto de 1997. Recuerdo que al leerlo me reía sin parar, como no me había ocurrido con ningún otro libro. A ella le debo haber resuelto el bloqueo de mis intentos de leer el *Quijote*, y además me permitió escribir el cuento que mencioné. Lo que me ocurrió después de haber leído la novela es que siempre vuelvo a ella desde distintos frentes. Uno de ellos es el vínculo que tiene el escritor ecuatoriano Juan Montalvo con el *Quijote*, ya que escribió en el siglo XIX una continuación: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes,* y que si bien no es la *primera* novela ecuatoriana, para mí es la *mayor* novela ecuatoriana. No sé qué sentido tiene ser la mayor novela de un país que no ha destacado precisamente en el arte de la novela. En cualquier caso, importaría más saber que Rubén Darío le dedicó a Montalvo uno de sus poemas más largos y, sobre todo, la comprensión de Montalvo sobre lo que implicaba el *Quijote* y los juegos por los que también apostó siguiendo su tradición.

¿En qué parte del *Quijote* «rescata» Montalvo los capítulos olvidados por Cervantes? Esto ocurre a partir del capítulo 59 de la Segunda Parte. Don Quijote se ha enterado de la publicación del *Quijote* de Avellaneda y que este autor ha enviado a su personaje a las justas de Zaragoza. Para demostrarle al mundo que él es el verdadero Don Quijote, decide no ir a Zaragoza y desviarse a Barcelona. Al inicio del capítulo 60, ya en camino, Cervantes dice que «en más de seis días no sucedió cosa digna de ponerse en escritura». Montalvo inserta allí la duración de las aventuras de sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Pero no es un tiempo del todo exacto. La novela de Montalvo hasta su capítulo

45 llena esa laguna de seis días. Ubicó muy bien las coordenadas temporales pero luego las olvida o prescinde de ellas. Desde el capítulo 45 al 56 del *Quijote* de Montalvo se añaden cuatro días más de aventuras apócrifas. En el capítulo 57 se produce una discordancia que rompe la coherencia con el tiempo del *Quijote* de Cervantes, porque Montalvo dice que hay otra laguna, esta vez de quince días: «La historia presenta aquí una laguna, pues no dice por dónde anduvieron ni lo que hicieron los dos héroes durante los quince días transcurridos desde su salida de la venta del Moro hasta cuando una tarde se asomaban por las goteras de una ciudad insigne del Guadalquivir». Es decir, el tiempo del *Quijote* de Montalvo abarca 25 días aproximadamente. Esto no concuerda con la duración del *Quijote* de Cervantes. Llegado a ese punto, Montalvo se dio cuenta de su propia libertad, de la posibilidad de adecuar tiempo y trama sin dependencia del original.

¿Por qué Montalvo envía a su *Quijote* hacia el sur de España? ¿Por qué lo aleja de la Barcelona en la que será derrotado Don Quijote? ¿Apunta su rumbo hacia América? En sus clases sobre el *Quijote*, Nabokov hizo un resumen de toda la novela y concluyó que Cervantes perdió una oportunidad novelística al no poner en combate al verdadero don Quijote con el falso. Nabokov no conoció los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Habría descubierto que ese remoto escritor ecuatoriano se había adelantado casi un siglo a su observación. Es precisamente al final de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* donde se produce el mayor aporte de Montalvo, cuando introduce un tercer combate entre Don Quijote y Sansón Carrasco. Recuerden que Sansón Carrasco, bajo el nombre de Caballero de la Blanca Luna, derrotó en un segundo combate a Don Quijote en Barcelona. En la novela de Montalvo, Sansón Carrasco ya no tiene nombre de caballero, sino que se llama a sí mismo Don Quijote. Montalvo al atribuirle ese papel hace una lectura crítica: Carrasco representa al plagiario. Y quiere desmontar la intromisión de quien no debió entrometerse: Avellaneda. La paradoja es que Montalvo también recurre a un plagio entrometido. Lo especular, a estas alturas, es un procedimiento inevitable.

Sea como sea, el libro del que no pude pasar del capítulo seis se convirtió en el libro al que vuelvo siempre. Sentada está la advertencia por el mismo Cervantes de que los demasiados libros tienen peligros. Aquí es cuando vuelvo a recordar otra de las ilustraciones de la edición Jackson y que cierra el capítulo seis en cuestión, donde el Cura y el Barbero, echan por la ventana todos los libros que pudieron afectar a la mente de Don Quijote. Se salvan unos pocos.

Entre ellos uno escrito por Miguel de Cervantes, *La Galatea*. A partir de aquí, todo puede pasar. ¿Quién era entonces el que habló al inicio del Quijote? ¿No era Cervantes? ¿Por qué desapareció ese narrador en primera persona y ahora asoma uno de sus libros, si es que hablamos del mismo individuo? ¿Qué ocurrirá cuando vuelva a asomar la voz de ese narrador en el capítulo VIII? Es como si no hubiera marcha atrás una vez que se lee el *Quijote*. Quizá convenga ver una y otra vez esa ilustración de Doré en la que un hombre sin rostro barre en una escalera a hombrecitos y dragones a escala, una turba desaforada que inunda la casa del lector como si fueran insectos o polvo. A fin de cuentas, la mayor novela de todas es una advertencia contra las novelas. Lo que quizá quiere decir que la fuerza de su escritura radica en la capacidad de destruirse a sí misma, y que la muerte de la novela es la razón de vivir de la novela. Ningún otro género necesita sacrificarse a sí mismo para sobrevivir.

*

La edición argentina del *Quijote* con la que fui feliz en Lima la perdí. He querido conseguir otro ejemplar de esa edición, pero ha sido en vano. Años después, casi como una compensación, he vuelto a tener conmigo los cuatro tomos de la edición de Jackson de mi padre. Solo que en ellos se cumple su primer destino: sigo sin leerlos completos. Como dije, mi propósito original fue leer un tramo en voz alta. Ahora que puedo mirarlos bien, con esta conciencia tardía de no haberlos leído, me doy cuenta de que mi padre tampoco leyó más allá del primer tomo. Salvo ese volumen, manoseado, los siguientes están limpios, las páginas sin ajaduras; seguramente él también se propuso leerlo algún día y la edición, demasiado solemne y pesada, se lo impidió tanto como a mí. O a lo mejor fui yo mismo quien le impidió leerlo: la edición de Jackson es de 1968 y yo nací en 1969. En este sentido, tengo un cierto cargo de conciencia retrospectivo de que el llanto de un bebé y luego las exigencias de los niños –incluida mi hermana, que nació tres años después– le impidieran la tranquilidad que exige la lectura de un libro tan largo. Quisiera creer que compró esa edición para regalármela. Y aquí está, en efecto; es el libro mayor que heredé de la biblioteca de mis padres y también de los que tengo ahora en la mía de Barcelona, donde vivo. Por su playa salgo a caminar, algunas veces, imaginando por dónde caminó Don Quijote, dispuesto a enfrentarse a sus fantasmas o al mismo Cervantes, recordando los libros que había leído.